

# VIOLENCIA DE LOS ESPECTADORES EN EL DEPORTE GRIEGO ANTIGUO<sup>1</sup>

*Fernando García Romero,*

*Dto. de Filología Griega, Universidad Complutense de Madrid*

---

El historiador latino Tácito (*Anales* 14.17) relata de la siguiente manera los violentos enfrentamientos que se produjeron en el anfiteatro de Pompeya, en el año 59 p.C., entre los aficionados locales y sus vecinos de la localidad de Nocera<sup>2</sup>:

Por la misma época se produjo una terrible masacre entre habitantes de Nocera y Pompeya originada por un asunto sin importancia en un espectáculo de gladiadores que organizó Livineyo Régulo... Comenzaron insultándose unos a otros con la incontinencia propia de la gente de provincias, luego pasaron a las piedras y finalmente echaron mano de las armas, llevando las de ganar los de Pompeya, en cuya ciudad se organizaba el espectáculo. Fueron, en efecto, llevados a su ciudad muchos de los de Nocera con el cuerpo mutilado por las heridas, y un gran número de personas lloraron las muertes de sus hijos o sus padres. El emperador remitió al Senado el juicio de este asunto, y el Senado lo remitió a los cónsules; y cuando el asunto volvió de nuevo a los senadores, se prohibió a los pompeyanos organizar reuniones públicas de esta clase durante diez años<sup>3</sup> y fueron disueltas las asociaciones que se habían constituido contra las leyes<sup>4</sup>. Livineyo y los demás que habían provocado el tumulto fueron condenados al exilio.

Otros bastante abundantes testimonios nos hablan de los violentos enfrentamientos que tenían lugar entre los espectadores que asistían a los juegos del anfiteatro y especialmente a las carreras hípicas del circo romano y luego del hipódromo bizantino, donde son de sobra conocidos los frecuentes altercados que se producían entre los fanáticos seguidores de las diversas *factiones* (los blancos, los rojos, los verdes y los azules)<sup>5</sup>.

Pero ¿qué sucedía en el caso del deporte griego antiguo? No son muchos los textos que nos hablan de comportamientos violentos por parte del público deportivo de la antigua Grecia y los escasos testimonios parece que nos invitan a establecer una distinción entre las pruebas hípicas que tenían lugar en los hipódromos (aparentemente más proclives a suscitar entre los espectadores conductas violentas, especialmente quizá a partir de época imperial) y las pruebas atléticas que se disputaban en los estadios (carreras, lanzamientos, saltos, y duras disciplinas como la lucha, el boxeo y el pancracio, cuya violencia curiosamente parece que no se contagiaba con frecuencia al público).

Por lo que respecta a las carreras del hipódromo, varios textos de dos autores de época imperial, Dión de Prusa (s. I-II p.C.) y Filóstrato (s. II-III p.C.), nos muestran a las claras que también en la parte griega del Imperio estaba ya extendida entre el público la violencia que hemos señalado que existía en el circo romano y que luego heredaría el hipódromo bizantino. Cuenta, en efecto, Filóstrato en su obra biográfica *Vida de Apolonio de Tiana* (1.15) que este místico neopitagórico griego nacido en Capadocia a comienzos de la era cristiana permaneció cinco años haciendo voto de silencio y que

pasó los años de silencio parte en Panfilia y parte en Cilicia... Cuando se encontraba una ciudad envuelta en disturbios, y eran muchas las que lo estaban por causa de espectáculos no serios, con llegar, hacer acto de presencia y poner de manifiesto con la mano o el rostro el reproche que iba a hacerles, se acababa todo

desorden y guardaban silencio como si estuvieran en los misterios. Y contener a quienes han iniciado disturbios por bailarines o caballos no es gran cosa, porque quienes causan desórdenes por tales motivos, si ven a un hombre de verdad, se ruborizan, recuperan el control y con mucha facilidad se avienen a razones.

Una vez recobrada la voluntad de hablar, Apolonio (siempre según Filóstrato, 5.26) expresó aún con mayor contundencia sus críticas contra el comportamiento de los espectadores en los hipódromos, durante su estancia en Alejandría:

Dado que Alejandría era aficionada a los caballos y frecuentaba el hipódromo para ese espectáculo, y se mataban unos a otros, les hizo reproches por ello y tras entrar en el templo dijo: “¿Hasta cuándo continuaréis muriendo no en defensa de vuestros hijos ni de vuestros lugares sagrados, sino para manchar esos lugares sagrados llegando a ellos llenos de sangre coagulada y para dejaros matar dentro de sus muros? A Troya, según parece, la destruyó un solo caballo...pero a vosotros se os uncen carros y caballos y a causa de ellos no os es posible vivir dócilmente. Morís, pues, unos a manos de los otros, lo cual no hicieron siquiera los troyanos en plena borrachera. Es más, en Olimpia, donde hay pruebas de lucha, pugilato y pancracio, no ha muerto nadie por causa de los atletas, aunque quizá hubiera habido excusa si alguno se hubiera enardecido en exceso por alguien de su misma familia o pueblo; pero aquí por causa de los caballos tenéis las espadas desnudas unos contra otros y las piedras están dispuestas para ser lanzadas.

De todas formas, como por otro lado era de esperar, los alejandrinos no hicieron mucho caso de la encendida arenga del sabio Apolonio, y otro sabio algo posterior, el orador Dión de Prusa, volvió a la carga contra la afición de los alejandrinos por matarse los unos a los otros por unos caballos (probablemente con el mismo nulo éxito que cosechó Apolonio de Tiana). Dice así Dión en el discurso que dirigió a los alejandrinos a comienzos del siglo II p.C. (32.41-46 y 74):

Y dirán que es ésta una ciudad loca por la música y por las carreras de caballos y que en estos espectáculos no se comporta en absoluto de manera digna de ella. Porque sus habitantes, cuando hacen un sacrificio son comedidos y lo mismo cuando pasean solos y hacen las demás cosas. Pero cuando entran al teatro o al estadio<sup>6</sup>, como si tuvieran allí drogas enterradas, no se acuerdan de nada de lo anterior y no se avergüenzan de decir o hacer lo que se les ocurre. Y lo más penoso de todo es que, estando interesados en el espectáculo, no ven y, aunque quieren escuchar, no escuchan, porque están evidentemente fuera de sí y con la mente enajenada...

...pero cuando entráis en el estadio, ¿quién podría describir los gritos que allí se oyen, el escándalo, las angustias, los cambios de humor y de color y la cantidad y calidad de las palabrotas que soltáis?

Como contraste con el muy inadecuado comportamiento del público deportivo de la Alejandría del siglo II p. C., Dión (32.80) acude al ejemplo de Homero (tergiversando claramente el texto homérico en su propio beneficio):

(Homero) presenta a los aurigas como rivales y luchando por la gloria, pero a los espectadores contemplando tranquilamente el espectáculo, como convenía. Y sólo al final afirma que Ayante de Locros no asistía al espectáculo como debía e insultó a Idomeneo a propósito de los caballos de Eumelo.

Dión está aludiendo a la primera crónica deportiva, pormenorizadísima, de nuestra tradición literaria, los juegos que organiza Aquiles en el canto 23 de la *Iliada* para honrar la memoria de su amigo Patroclo, muerto a manos del troyano Héctor, y lo cierto es que Dión describe de manera interesadamente benévola el comportamiento de los espectadores homéricos, de los cuales no se puede decir de manera objetiva, si atendemos al relato de Homero y también a su ilustración iconográfica en el llamado “Vaso de Sófilo”<sup>7</sup>, que estén contemplando la carrera de caballos “tranquilamente”. De hecho, si las agrias palabras que se cruzan Ayante e Idomeneo, cada uno en defensa de su favorito, no llegan a la categoría de soeces insultos es posiblemente porque la poesía épica no admite dentro de su vocabulario palabras soeces, y además quizá en el enfrentamiento entre Ayante e Idomeneo hubiera habido más que palabras de no mediar la intervención apaciguadora de Aquiles. Efectivamente, las carreras ecuestres ya levantan pasiones encontradas (y violencias) en esta nuestra primera descripción literaria conocida de una competición deportiva (*Iliada* 23.469-494)<sup>8</sup>:

[Habla Idomeneo] ‘Pero levantaos y mirad también vosotros, pues yo no distingo bien [quién encabeza la carrera]; pero me parece que es un varón de linaje etolo...el hijo de Tideo domador de caballos, el fuerte Diomedes’. Y a él contestó agriamente el rápido Ayante hijo de Oileo: ‘Idomeneo, ¿por qué charlataneas antes de lo debido? Las yeguas que alzan los pies vienen corriendo a lo lejos por la amplia llanura. Tú no eres el más joven entre los argivos ni la vista de los ojos de tu cara es la más aguda<sup>9</sup>; sin embargo, siempre estás charlataneando. No debes ser en modo alguno tan charlatán, pues hay presentes otros que son superiores. Las yeguas que van delante son las mismas de antes, las de Eumelo, y él mismo va en su carro y tiene las riendas’. El caudillo de los cretenses le replicó irritado: ‘Ayante, el mejor en las riñas, malintencionado, y en todo lo demás estás por debajo de los argivos porque tu espíritu es cruel. Aquí ahora apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro al Atrida Agamenón, a ver cuáles son las yeguas que vienen delante y tú aprendas pagando’. Así dijo, y se levantó de inmediato el rápido Ayante hijo de Oileo para contestarle irritado con duras palabras. Y la disputa entre ambos se hubiera prolongado más aún, si no se hubiera puesto en pie el propio Aquiles diciendo: ‘Dejad de intercambiar duras y malas palabras...’

En contraste con lo que los textos citados hasta aquí muestran que sucedía en el hipódromo, los testimonios que nos hablan de comportamientos violentos de los espectadores en las pruebas que se disputaban en el estadio (algunas de las cuales ya hemos comentado que comportaban una fuerte dosis de violencia) son muy escasos, yo me atrevería incluso a decir que sorprendentemente escasos, dada la enorme cantidad de documentos literarios, epigráficos e iconográficos que nos informan sobre el deporte griego antiguo a lo largo de un dilatadísimo período que supera los 1.500 años (y además tampoco nos hablan de una violencia especialmente desmedida). Veamos lo que nos dicen esos textos, empezando por aquéllos que nos dan cuenta de actos violentos del público contra los atletas.

Los dos primeros pasajes que vamos a considerar nos sitúan en el mundo del mito. En el libro II del poema épico *El viaje de los Argonautas* de Apolonio de Rodas (s. III a.C.), los Argonautas llegan al país de los belicosos Bébrices (en Bitinia), cuyo rey Ámico tenía por ley que ningún extranjero abandonase su país sin antes haber medido sus fuerzas contra él en un combate pugilístico (en el que siempre vencía y mataba a sus adversarios)<sup>10</sup>. Los griegos escogen para que luche contra él a Polideuces, el púgil por excelencia del mito griego, quien obtiene la victoria, muriendo Ámico en el combate; los Bébrices, entonces, no aceptan de buen grado el resultado del combate (vv. 98 ss.):

Tampoco entonces los Bébrices abandonaron a su rey, sino que todos a una levantando mazas duras y venablos de hierro fueron derechos a enfrentarse a Polideuces. Pero delante de él sus compañeros se apostaron, sacando de sus vainas espadas puntiagudas...

Evidentemente, el contexto en que se sitúa la descripción es especial (estamos en época mítica y en un ambiente salvaje y bélico, pues naturalmente los Bébrices están predispuestos a emprenderla a golpes con quien venza a su jefe), de manera que en principio no podemos tener la seguridad de que este pasaje nos demuestre que existieran, de manera más o menos frecuente, agresiones físicas del público griego contra quien derrotaba al atleta local en los juegos organizados (al menos en lo que respecta a las competiciones más importantes). Y lo mismo cabe decir de un texto homérico (*Odisea* 18.55-57) que no nos habla tampoco de una competición regulada y organizada, sino de un combate pugilístico improvisado<sup>11</sup>: los pretendientes de Penélope, para divertirse, organizan un combate de boxeo entre Iro, el mendigo habitual del palacio, y un mendigo recién llegado, que no es otro que Ulises disfrazado, y éste pide antes del combate

¡Ea!, Ahora todos hacedme un firme juramento, que ninguno en defensa de Iro me va a golpear con pesada mano obrando insensatamente y me va a someter a éste por la fuerza.

Hemos de dar un salto de nada menos que un milenio para volver a encontrar otro texto que apunte en la misma dirección, y tampoco en este caso se nos dice explícitamente que los espectadores agredieran a los atletas, aunque podríamos deducir de él que era una circunstancia que se daba en el deporte griego. En su obra erudita *Descripciones de cuadros* (1.6.4) Filóstrato describe el titulado “Amores”, una de cuyas escenas representa a unos cursis amorcillos que realizan una parodia de lucha deportiva<sup>12</sup>, la cual acaba de la siguiente manera:

Presas del dolor, el Amor al que le retuercen el dedo muerde la oreja de su contrincante, y por eso los Amores que forman el público se enfadan, porque es ilegal y contrario a las reglas de la lucha, y lo lapidan con manzanas<sup>13</sup>.

Quizá a partir de esta descripción paródica podamos deducir que los espectadores griegos en determinadas circunstancias arrojaban objetos más o menos contundentes a los atletas que violaban las reglas, aunque para castigar tales violaciones estaban los árbitros y la policía que se encontraba a su servicio, como luego comentaremos.

Un contemporáneo de Filóstrato, el viajero Pausanias (6.13.1), sí que nos comenta explícitamente un caso en el que los aficionados desahogaron violentamente su ira contra un atleta, aunque no lo agredieron a él directamente, sino a sus símbolos y posesiones. Se trata de la conocida historia del gran corredor Ástilo de Crotona, quien venció en el estadio y en el doble estadio de los Juegos Olímpicos de los años 488 y 484, y en 480 triunfó en esas dos pruebas y también en la carrera con armas, pero ya no competía representando a su ciudad natal, sino a la poderosa Siracusa, probablemente a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero<sup>14</sup>. Como es natural, los crotoniatas no se tomaron muy bien la traición de su excompatriota y destrozaron la estatua honorífica que le había sido erigida en el santuario de Hera Lacinia y convirtieron su casa en prisión (castigo reservado en la Antigüedad a los traidores). Otra disputa sobre la nacionalidad de un atleta (el joven Teletias, vencedor en los Juegos Píticos, no sabemos en qué época), comenta Plutarco (*Sobre la demora de la justicia divina* 7, 553a) que se produjo entre los habitantes de las ciudades de Sición y de Cleonas; en este caso el joven sufrió en sus propias carnes la vehemencia de quienes querían presumir de su triunfo, ya que parece ser que quedó atrapado entre los dos grupos y murió asesinado<sup>15</sup>.

Por último, un texto de plena época clásica nos habla de golpes propinados por los espectadores a los atletas, aunque en este caso parece que más bien con intención de divertirse que de hacer daño. Se trata de un pasaje de la comedia *Las ranas* de Aristófanes, representada en el año 405 a.C.<sup>16</sup>, en el cual el dios Dioniso comenta lo siguiente a propósito del hecho de que la falta de entrenamiento físico ha debilitado las fuerzas y el carácter de los jóvenes atenienses (vv.1089-1097):

Por poco me quedo seco de la risa en las Panateneas, cuando un hombre lento corría encorvado, blanco, gordo, quedándose rezagado y haciendo terribles esfuerzos. Y luego los del barrio del Cerámico en las Puertas le golpeaban el vientre, los costados, los riñones, el culo, y él, al recibir las palmadas, se tiró unos pedos, apagó la antorcha y salió huyendo.

Este episodio bufo más o menos deportivo habría tenido lugar durante la carrera de relevos (los corredores se pasaban unos a otros una antorcha encendida) que formaba parte de las más importantes fiestas de Atenas, las Panateneas. El riesgo de que se produjeran este tipo de acciones por parte del público era más alto en las carreras con antorchas que en las competiciones que tenían lugar en el estadio, dado que las carreras con antorchas a las que se refiere el pasaje aristofánico se desarrollaban a través de las calles de Atenas pobladas de espectadores<sup>17</sup> y no en un recinto cerrado en el que público y atletas estaban bien separados (y todos tenemos en mente lo sucedido durante la maratón de los Juegos Olímpicos de Atenas en 2004); además, en el caso de las carreras con antorchas se trataba de un deporte de equipo (un tema sobre el que volveremos más adelante) en el que se enfrentaban las diversas *tribus* de la ciudad, entre las cuales había sin duda fuertes rivalidades. Por ello, no es de extrañar que en una obra compuesta a mediados del siglo IV a.C. (apenas cincuenta años después de la representación de *Las ranas*) por Eneas el Táctico y dedicada al arte de sitiar ciudades y de mantener el orden público dentro de ellas, se haga hincapié en que este tipo de aglomeraciones son propicias para provocar desórdenes públicos e incluso pueden ser aprovechadas para iniciar conjuras políticas contra el poder establecido (*Poliorcética* 17)<sup>18</sup>:

En una ciudad en la que no reina la concordia y los ciudadanos sospechan unos de otros, es necesario tener la precaución de vigilar las ocasiones en las que sale a la calle una gran multitud para asistir a una carrera con antorchas, a una carrera de caballos o a las demás reuniones sagradas en las que el pueblo entero está fuera de la ciudad.

Pero el aprovechamiento político de la agresividad de los espectadores se dio también en los grandes juegos; de ello tenemos un par de testimonios, que nos remiten a los siglos V y IV a.C., también en plena época clásica. Nos cuenta Plutarco (*Vida de Temístocles* 25.1)<sup>19</sup> que el tirano Hierón de Siracusa (el mismo que consiguió que Ástilo corriera como siracusano) había enviado una cuadriga para competir en los Juegos Olímpicos y había hecho levantar una lujosísima tienda para su estancia en el santuario; entonces el general ateniense Temístocles, el héroe de la segunda guerra contra los persas y firme defensor de los principios democráticos, “tomó la palabra entre los griegos allí reunidos y dijo que había que destrozarse y saquear la tienda e impedir que sus caballos compitieran”. No parece que en este caso Temístocles consiguiera su propósito. Peor suerte tuvo durante los Juegos Olímpicos del año 388 a.C. otro tirano de Siracusa, Dionisio I, que acudió a Olimpia con los mismos (o aún más ambiciosos) objetivos que Hierón y una parafernalia mucho mayor, y se topó también él con otro defensor de la democracia, el orador Lisias (siracusano también él), que propuso lo mismo que había propuesto Temístocles, esta vez con más éxito; he aquí el relato del historiador Diodoro de Sicilia (14.109; véase también Dionisio de Halicarnaso, *Lisias* 29):

Como estaban próximos los Juegos Olímpicos, Dionisio envió a la competición muchas cuadrigas, de lejos las más rápidas, y tiendas para la fiesta, con incrustaciones de oro y adornadas con muy ricos paños multicolores. Y envió también los mejores rapsodos, para que en la fiesta declamaran sus poemas y lo hicieran célebre... A la cabeza de esta delegación envió a su hermano Teárides. Cuando éste llegó a la fiesta, las miradas se posaron en él por la belleza de las tiendas y el gran número de las cuadrigas, y cuando los rapsodos se dispusieron a declamar los poemas de Dionisio, desde el comienzo se concentraron las multitudes a causa de la hermosa dicción de los actores y todos estaban admirados. Pero después se dieron cuenta de que los poemas eran malos, y se burlaron de Dionisio y estaban tan indignados que algunos se atrevieron a destrozar y saquear las tiendas. En efecto, el orador Lisias, que se encontraba entonces en Olimpia, había incitado a las multitudes a que no admitieran en los juegos sagrados a las delegaciones enviadas por la más impía de las tiranías.

De todas formas, los evidentes paralelismos que hay entre las dos historias (la que tiene como protagonista a Temístocles y la que protagoniza Lisias) han llevado a los estudiosos a sospechar de la veracidad del relato de Plutarco sobre Temístocles, con buenos fundamentos en mi opinión; sería la referida a Temístocles una anécdota falsa, modelada sobre el enfrentamiento entre Lisias y Dionisio I. Quizá Teofrasto, la fuente de Plutarco, haya atribuido erróneamente a Temístocles y a Hierón el suceso que protagonizaron en realidad Lisias y otro tirano de Siracusa, Dionisio I<sup>20</sup>.

Si escasas son las noticias que nos han llegado sobre actos violentos del público que acudía a los estadios griegos contra los atletas<sup>21</sup>, más escasas aún, prácticamente inexistentes, son las informaciones que comentan enfrentamientos entre los espectadores, que sin embargo eran frecuentes, como indicamos al comienzo de esta exposición, en los hipódromos romanos y bizantinos e incluso en los hipódromos griegos de la época imperial<sup>22</sup>. El autor satírico Luciano de Samosata (s. II p.C.) alude a una pelea que tuvo lugar en Olimpia (*Sobre la muerte de Peregrino* 32); pero los desórdenes no fueron provocados por motivos deportivos, sino por la presencia en el santuario de un individuo enloquecido llamado Peregrino, cuyos partidarios y detractores parece que llegaron a las manos. El tal Peregrino había anunciado que iba a arrojar a una pira funeraria en Olimpia, según Luciano creyendo que los presentes iban a evitar que se arrojara a las llamas, pero no ocurrió así y Peregrino hubo de cumplir lo que había anunciado<sup>23</sup>.

Y poco más podemos decir sobre disturbios provocados por enfrentamientos entre espectadores en los estadios griegos antiguos, salvo que su prevención y represión estaba a cargo de un cuerpo especial de “policía deportiva” (los *alytai*, al mando de un *alytárches* o jefe de policía)<sup>24</sup>, que armada con látigos y largas varas ponía orden tanto en los graderíos como en las pistas de competición, castigando también las violaciones del reglamento por parte de los atletas (cf. ya Heródoto 8.59 y numerosas representaciones iconográficas). Su presencia era, naturalmente, inevitable habida cuenta de las grandes multitudes que se reunían con ocasión de los grandes juegos; de hecho, probablemente en ninguna otra circunstancia se reunían mayor cantidad de griegos juntos como con ocasión de unos Juegos Olímpicos.

¿La llamativa escasez de testimonios nos debe llevar a concluir que sólo muy, muy excepcionalmente había episodios violentos protagonizados por el público en los estadios griegos? *A priori* tal conclusión no dejaría de ser sorprendente, dado por una parte el enorme entusiasmo y apasionamiento con que el público griego participaba en los espectáculos deportivos, como documentan con frecuencia nuestras fuentes escritas<sup>25</sup>, y habida cuenta, por otro lado, de que quien esto escribe no está muy lejos de compartir la idea de Tucídides de

que la naturaleza humana es siempre la misma y tiende a repetir las mismas pautas de comportamiento. Pero el hecho es que la escasez de testimonios no es el único argumento (un *argumentum ex silentio*) que podemos aducir para sostener que en los estadios griegos antiguos los episodios violentos en las gradas eran sorprendentemente escasos<sup>26</sup>. Contamos, además, con el testimonio explícito de Filóstrato (*Vida de Apolonio de Tiana* 5.26), el cual, como hemos visto, afirma taxativamente que, frente a lo que ocurre en las competiciones del hipódromo, “en Olimpia, donde hay pruebas de lucha, pugilato y pancracio, no ha muerto nadie por causa de los atletas”. Y también creo que podemos aducir otro argumento más que creo significativo. Ciertos aspectos del deporte griego antiguo fueron censurados, a menudo acerbamente, por los intelectuales y hombres de ciencia griegos al menos desde el siglo VI a.C., con Jenófanes de Colofón<sup>27</sup>. Por ejemplo, hacia el año 420, el poeta Eurípides (fr.282 Kannicht) llega a decir que “de entre los innumerables males que hay en Grecia, ninguno es peor que la raza de los atletas”, y censura “la costumbre de los griegos, que se reúnen para contemplarlos y rendir honores a placeres inútiles”, y alude incluso a la violencia de ciertas disciplinas deportivas, pero nada comenta de la violencia del público en los estadios. Y lo mismo podemos decir de los muchos autores posteriores que, durante casi un milenio, critican las competiciones deportivas, a los atletas y a quienes los contemplan (véase, por ejemplo, la obra *Anacarsis* de Luciano de Samosata). Es más, los autores cristianos, particularmente Tertuliano y Novaciano en sus respectivos *Sobre los espectáculos*<sup>28</sup>, atacan con enorme dureza<sup>29</sup> el carácter pagano de los espectáculos deportivos, la indignidad que, en su opinión, supone estar dispuesto a recibir en público puñetazos, pisotones, patadas, codazos y presas de todo tipo, la inutilidad y frivolidad de las carreras, los saltos y los lanzamientos, por supuesto el hecho de exhibirse desnudos en público y en general el culto al cuerpo, pero nada dicen del comportamiento violento de los espectadores en los estadios y en cambio sí se refieren a ello cuando hablan del hipódromo y el circo. En mi opinión es indudable que los autores cristianos (y también los paganos griegos) no hubieran dejado de comentar los actos violentos del público si hubieran sido más o menos frecuentes en los estadios griegos.

¿A qué puede deberse esa escasez de violencia en el comportamiento de los espectadores que acudían a los estadios griegos, si comparamos con lo que presenciamos en al menos algunos tipos de espectáculos deportivos modernos? Muy probablemente confluyeran varias causas, de las que quisiera apuntar concretamente dos.

- En primer lugar, nunca debemos olvidar que los juegos deportivos griegos eran un acto de culto y que ese carácter religioso se mantuvo vivo de manera evidente al menos durante las épocas arcaica y clásica. Ese carácter sagrado y todo lo que conllevaba (entre otras cosas la “tregua olímpica”, pese a sus limitaciones, puestas de manifiesto por Laemmer)<sup>30</sup> debieron de contribuir a la ausencia de comportamientos inadecuados por parte tanto de atletas como de espectadores<sup>31</sup>. Recuérdese que Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 45), cuando critica la corrupción del deporte en su época, sugiere que la excepción eran los Juegos Olímpicos, cuyo prestigio y carácter sagrado los habían preservado de esa lamentable tendencia generalizada; y recuérdese también que los Juegos Olímpicos modernos, aunque no son evidentemente un acto de culto como en la Antigüedad, sí que tienen un carácter especial que posiblemente haga que el público acuda a ellos con mayor disposición a disfrutar del espectáculo y mucha menos predisposición a comportarse inadecuadamente. Además, en el caso de los juegos antiguos probablemente debamos tener en cuenta otro efecto disuasorio que conllevaba el hecho de que las competiciones deportivas fueran actos de culto: cualquier acto de violencia cometido dentro de un recinto sagrado era castigado penalmente no sólo como una alteración del orden público, sino también como un delito religioso<sup>32</sup>, lo cual aumentaba considerablemente la pena imponible, que podía llegar incluso a la pena de muerte. Este hecho lo conocemos bien por un discurso de Demóstenes (*Contra Midias*,

21.175 ss., especialmente 178-179), en el cual el orador se refiere a una pelea entre dos espectadores por ocupar un asiento en otro recinto sagrado, el teatro de Dioniso en Atenas.

- Otra posible causa de que la violencia por parte de los espectadores no fuera frecuente en el deporte griego antiguo es el hecho de que en los grandes juegos no había deportes de equipo (los tipos de disciplina deportiva que por lo visto más excitan a la violencia en el mundo moderno), sino únicamente competiciones individuales<sup>33</sup>.

No cabe duda de que las ciudades griegas<sup>34</sup> se sentían representadas por sus atletas y se identificaban con ellos con un entusiasmo bien conocido en el deporte moderno; basta leer los epinicios de Píndaro y Baquílides y las abundantísimas informaciones que las fuentes antiguas nos transmiten sobre las espectaculares recepciones de que eran objeto los atletas vencedores a su regreso a la patria y las recompensas económicas y honoríficas que recibían<sup>35</sup>. Esa identificación de la ciudad con sus atletas podía llegar incluso hasta el punto de que una ciudad influyente como Atenas se enfrentara a las autoridades olímpicas y, recurriendo a presiones diplomáticas y a amenazas de boicotear los juegos, se pusiera de parte de su atleta, aún a sabiendas de que éste había hecho trampas en la competición<sup>36</sup>. Pero, en todo caso, parece que los enfrentamientos entre las ciudades griegas (cuyas constantes y agudas rivalidades mútuas son bien conocidas de todos) se dilucidaron por otros cauces diferentes del deportivo.

---

<sup>1</sup> Quiero expresar mi gratitud por su valiosísima ayuda a Wener Petermandl, de la Universidad de Graz, cuya amabilidad me ha permitido tener acceso a la bibliografía indispensable y me ha indicado varios de los textos que se citan en este trabajo.

<sup>2</sup> Los lamentables sucesos aparecen ilustrados en un fresco pompeyano que se encuentra en el Museo Arqueológico de Nápoles.

<sup>3</sup> Tres años después la prohibición fue suprimida, para consolar a los pompeyanos por la desgracia de haber sufrido un terremoto.

<sup>4</sup> Podríamos probablemente equiparar estas asociaciones ilegales con los grupos ultras del deporte moderno.

<sup>5</sup> La bibliografía al respecto es muy abundante. Pueden consultarse los siguientes trabajos: Auguet, Roland: *Crueldad y civilización. Los juegos romanos*. Barcelona 1972; Harris, Harold Arthur: *Sport in Greece and Rome*. Ithaca 1972; Cameron, Alan: *Circus factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*. Oxford 1976; Lee, Hugh M.: "The sport fan and 'team' loyalty in Ancient Rome", en: 1 *Arete. The Journal of Sport Literature* (1983), 139-145; Guttman, Allen: *Sport spectators*. Nueva York 1986, pp.19-34; Weiler, Ingomar: *Der Sport bei den Völkern der Alten Welt*. Darmstadt 1988<sup>2</sup>, pp. 248 ss.; Thuillier, Jean-Paul: *Le sport dans la Rome antique*. París 1996, pp.155 ss., 165 ss.; Crowther, Nigel B.: "Sport violence in the Roman and Byzantine Empires: a modern legacy?", en: 13 *IJHS* (1996), 445-458. Véanse igualmente los siguientes trabajos, fundamentales para el tema que tratamos: Aigner, Heribert: "Zuschauer, Schiedrichter, Veranstalter. Ihr Einfluss auf Gestaltung und Ausgang von Wettkämpfen im Altertum", en: Günter, Bernhard (ed.): *Sport in unserer Zeit*. Viena 1986, 67-80; Weiler, Ingomar: "Zum Verhalten der Zuschauer bei Wettkämpfen in der Alter Welt", en: Kornexl, Elmar (ed.): *Spektrum der Sportwissenschaften. Festschrift zum 60. Geburtstag vom Friedrich Fetz*. Viena 1987, 43-59 (recigido en Mauritsch, Peter & Petermandl, Werner & Mauritsch-Bein, Barbara: *Ingomar Weiler. Die Gegenwart der Antike. Ausgewählte Schriften zu Geschichte, Kultur und Rezeption des Altertums*. Darmstadt 2004, 133-149); Weiler, Ingomar: "Zuschauerverhalten bei antiken Wettkämpfen", en: Mangan, J.E. (ed.): *Proceeding of the XI HISPA International Congress*. Glasgow 1987, 322-325; Laemmer, Manfred: "Spectators and their behaviour at contests in Ancient Greece", *ibidem*, 232-235.

<sup>6</sup> Aunque Dión hable del estadio, parece que está pensando principalmente en las competiciones ecuestres del hipódromo.

<sup>7</sup> Se trata de un fragmento cerámico de ca. 580 a.C., que se guarda en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas y representa la carrera de carros narrada en el canto 23 de *Ilíada*. El público aparece muy excitado sobre una tribuna, e incluso uno de los espectadores agita una especie de bastón o cetro. Cf. García Romero, Fernando: *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*. Sabadell 1992, ilustración nº 11.

---

<sup>8</sup> Sobre este pasaje, además de la bibliografía ya citada (véase, por ejemplo, Laemmer: "Spectators...", 233), pueden consultarse Patrucco, Roberto: *Lo sport nella Grecia antica*. Florencia 1972, pp.399-400; Weiler, Ingomar: *Der Agon im Mythos*. Darmstadt 1974, p.223; Kyle, Donald G.: "Non-competition in Homeric sport: spectatorship and status", en: 10 *Stadion* (1984), 1-19.

<sup>9</sup> Los escolios al v.476 comentan: "Rudo es el insulto, pero está imitando el comportamiento de los espectadores". Por su parte, el erudito bizantino Eustacio (1311, 20 ss.) comenta lo siguiente a propósito del v.468 en su extenso comentario a la *Ilíada*: "El poeta expone lo que sucede en las competiciones hípicas, como es lógico, en las cuales es normal entre otras cosas que cada uno sea ardiente partidario de su equipo y que haya peleas verbales".

<sup>10</sup> Véase Weiler: *Der Agon*, 177.

<sup>11</sup> Cf. Laemmer: "Spectators...", 233.

<sup>12</sup> Cf. Weiler: "Zum Verhalten...", 143.

<sup>13</sup> Las manzanas son símbolos eróticos.

<sup>14</sup> Cf. García Romero, Fernando: "La buona salute degli atleti di Crotona (o delle zecche): su un proverbio greco antico", en: Teja, Angela & García Romero, Fernando & Mariano, Santino (eds.): *Sport e culture. Atti del IX Congresso Internazionale di Storia dello Sport*. Crotona 2005 (con bibliografía).

<sup>15</sup> Cf. Laemmer: "Spectators...", 234.

<sup>16</sup> Un estudio de este texto (y de otros que se refieren a los mismos hechos) puede verse en García Romero, Fernando: "Ancora sullo sport nei proverbi greci antichi", en: 16 *Nikephoros* (2004), (en prensa).

<sup>17</sup> Concretamente el suceso que describe Aristófanes se desarrolla en el barrio del Cerámico, en el lugar por donde entraban los corredores en la ciudad, por la llamada Doble Puerta. Allí parece que se concentraba una multitud de espectadores, que además de animar (suponemos) a los corredores, los hacían igualmente objeto de sus burlas, especialmente a los participantes más lentos que corrían rezagados, y quizá los golpearan más o menos en broma. Véase también el fr.459 Kassel-Austin del propio Aristófanes.

<sup>18</sup> Esta obra está muy bien traducida al español, con un buen comentario, por Vela, José: *Eneas el Táctico. Poliorcética. La estrategia militar griega en el siglo IV a.C.* Madrid 1991.

<sup>19</sup> La misma historia se narra en Claudio Eliano, *Historias variadas* 9.5.

<sup>20</sup> Véanse *Plutarque. Vies II*, texto, traducción y notas de Flacelière, Robert & Chambry, Émile & Juneaux, Marcel, París 1968, p.228; Marr, J.L.: *Plutarch: Lives. Themistocles*. Warminster 1998, *ad loc.*

<sup>21</sup> Nuestras fuentes escritas nos hablan también de algunos casos de atletas que se encararon con los espectadores. Normalmente se considera una invención literaria la anécdota que el poeta epigramático Lucilio atribuye a Milón de Crotona (*Antología Palatina* 11.316): "Una vez Milón fue el único luchador que se presentó a unos juegos sagrados, y al punto el juez del certamen lo llamó para coronarlo. Pero, cuando se acercaba a él, Milón resbaló y cayó sobre un costado. Los espectadores clamaron que no coronara a quien había caído siendo el único participante. Pero Milón se alzó en medio del público y gritó: 'no han sido tres caídas, sino una; ¡que alguien me derribe otras dos veces!'" (véase el comentario de Robert, Louis: "Les épigrammes satiriques de Lucillius sur les athlètes : parodie et réalités", en el volumen colectivo *L'épigramme grecque*. Vandoeuvres-Ginebra 1968, 246-254). Polibio (27.9.7-13) cuenta que otro destacadísimo especialista en deportes pesados, Clitómaco de Tebas (vencedor olímpico en 216 y 212), tuvo sus más y sus menos con el público, que se empeñaba en aclamar a su contrincante cada vez que acertaba con un golpe certero. Sobre la responsabilidades jurídicas de los atletas por "daños a terceros" durante las competiciones deportivas, véase Gualazzini, Ugo: *Premesse storiche al diritto sportivo*. Milán 1965, pp.1 y ss. (las fuentes son latinas en su gran mayoría).

<sup>22</sup> De muy discutible interpretación es un texto de Polibio (27.9.2-6), que se suele citar como posible ejemplo de disputas entre los espectadores y que, en todo caso, no habla de grandes desmanes. Dice lo siguiente: "Lo sucedido fue semejante a lo que acontece en las competiciones deportivas. En ellas, en efecto, cuando a un atleta famoso e invicto se enfrenta un rival humilde y muy inferior, al instante la multitud otorga sus simpatías al inferior, lo anima y lo apoya en sus acometidas; y si alcanza el rostro de su rival y el golpe deja alguna señal, al punto la reunión (*agón*) de todos se queda pequeña". Algunos entienden la palabra *agón* como "disputa" e interpretan la última frase en el sentido de que se producen pequeños enfrentamientos entre los espectadores. Nosotros no

---

compartimos esa interpretación. Véase el comentario al pasaje de Walbank, Frank William: *A historical commentary on Polybius*. Oxford 1979.

<sup>23</sup> Entre los testimonios que pudieran ser indicativos de comportamientos inadecuados por parte del público que acudía a los estadios, no incluimos una inscripción hallada en el estadio de Delfos, cuyo original se ha datado hacia los años 470-450 a.C. (cf. Schwyzer, Eduard: *Dialectorum Graecorum exempla epigraphica potiora*. Leipzig 1923, reimpr. Hildesheim 1960, n° 321; Brodesen, Kai & Günther, Wolfgang & Schmitt, Hatto H.: *Historische griechische Inschriften in Übersetzung*. Darmstadt 1992, I 46). Homolle, su descubridor y primer editor, entendía el controvertido primer verso en el sentido de que estaba prohibido, bajo pena de una multa, introducir vino en el estadio (bien porque no se permitía beberlo a los atletas, bien para evitar desórdenes entre los espectadores); todavía admiten esta interpretación autores como Harris (*Greek athletes and athletics*. Londres 1964, p.158), Sokolowski (*Lois sacrées des cités grecques*. París 1969, p.76), Guttman (*Sport spectators*, 17) o Laemmer ("Spectators...", 233-234). Sin embargo, en nuestra opinión es preferible con mucho, por razones gramaticales, la lectura que propuso Buck (cf. *The Greek dialects*. Chicago 1955, n° 50 p.239): lo que dice la inscripción es que esta prohibido, bajo pena de una multa, sacar vino del estadio (en referencia al robo del vino que se utilizaba para los ritos sagrados). Véanse los comentarios de Rougemont, Georges: *Corpus des inscriptions de Delphes. I: lois sacrées et réglemens religieux*. París 1977, n° 3 pp.11-15; y de Decker, Wolfgang: *Sport in der griechischen Antike*. Múnich 1995, p.49.

<sup>24</sup> Cf. *Etymologicum Magnum* 72.13 ss. (*sub voce* "alytárches"); Johannes Malalás, *Cronografía* 12.44 y 46, 17.13; también diversas inscripciones deportivas mencionan este cuerpo especial de policía. Véanse los artículos de Reisch "alytal" y "alytárches" en la *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumwissenschaft* I.1 (1894), columnas 1711-1712; Finley, Moses I. & Pleket, Henri W.: *The Olympic Games. The first thousand years*. Nueva York 1976, pp.54-55; Laemmer: "Spectators...", 234.

<sup>25</sup> La bibliografía sobre este tema es abundante. Además de los trabajos de Weiler, Laemmer y Aigner, véanse, por ejemplo, Guttman: *Sport spectators*, 14 ss.; García Romero: *Los Juegos Olímpicos*, 205-208; Villalba, Pere: *Olímpia. Orígens dels Jocs Olímpics*. Barcelona 1994, pp.360 ss.; Müller, Stephan: *Das Volk der Athleten. Untersuchungen zur Ideologie und Kritik des Sports in der griechisch-römischen Antike*. Trier 1995, pp.135 y ss.; Decker: *Sport*, 126-129. En los aspectos negativos de este entusiasmo (búsqueda de emociones fuertes, golpes y sangre) insiste, en mi opinión más de lo debido, Weeber, Karl-Wilhelm: *Die unheiligen Spiele. Das antike Olympia zwischen Legende und Wirklichkeit*. Zúrich-Múnich 1991, pp.174-175, 182 ss. Los textos que nos hablan de las reacciones de los espectadores en los estadios griegos se encuentran recogidos en el apartado correspondiente de cada uno de los volúmenes de la serie "Quellendokumentation zur Gymnastik und Agonistik im Altertum", dirigida por Ingomar Weiler y realizada por Monika Lavrencic, Georg Doblhofer, Peter Mauritsch, Ursula Schachinger, Theodor Aigner, Barbara Mauritsch-Bein y Werner Petermandl (*Diskos*, 1991; *Weitsprung*, 1992; *Speerswurf*, 1993; *Boxen*, 1995; *Pankration*, 1996; *Ringgen*, 1998; *Laufen*, 2002).

<sup>26</sup> Pese a la incredulidad de Guttman: *Sport spectators*, 18.

<sup>27</sup> Un estudio muy completo puede encontrarse en Müller, *Das Volk*. Véase también Bernardini, Paola A.: "Esaltazione e critica del atletismo nella poesia greca dal VII al V secolo a.C. Storia di un'ideologia", en: 6 *Stadion* (1980), 81-111; García Romero: *Los Juegos Olímpicos*, 75-84 y 162-170, con bibliografía; y en concreto sobre el fragmento de Eurípides, Iannucci, Alessandro: "Euripide (satiresco) e gli 'sportivi': note di lettura a Eur. Fr.282 N<sup>2</sup>", en: *Quaderni di Filologia di Torino* (1998), 31-48.

<sup>28</sup> Ambas obras están traducidas al español, con extensos estudios introductorios y anotaciones, por Betancor, Miguel Ángel & Santana, Germán & Vilanou, Conrado: *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*. Las Palmas-Madrid 2001.

<sup>29</sup> Véase sobre todo el capítulo XVIII de Tertuliano y el VIII de Novaciano.

<sup>30</sup> Laemmer, Manfred: "Der sogennante Olympische Friede in der griechischen Antike", en: 8-9 *Stadion* (1982-1983), 47-83 (traducción italiana en Bernardini, Paola A. (ed.): *Lo sport in Grecia*. Roma-Bari 1988).

<sup>31</sup> Cf. Laemmer: "Spectators...", 234; Albanidis, Evángelos: *Istoria tis áthlisis ston archeo Elinikó kósma*. Tesalónica-Atenas 2004, pp.65 y ss.

<sup>32</sup> Cf. Gardiner, E. Norman: *Athletics of the Ancient World*. Oxford 1930 (reimpreso Chicago 1979), pp.33 y 103.

---

<sup>33</sup> Por otro lado, las *factiones* del circo y del hipódromo no existían en la Grecia arcaica, clásica y helenística; cf. Thuillier: *Le sport*, 156-157; Weiler: "Zum Verhalten...", 148.

<sup>34</sup> Es posible, por otro lado, que en el estadio de Olimpia (y lo mismo debemos pensar de otros lugares) los espectadores de una misma ciudad tendieran a sentarse juntos. Así al menos parece deducirse de una anécdota que narra Plutarco en su obra *Máximas de espartanos* (55, 235c-e). Recuérdese que en el teatro ateniense los miembros de una misma *tribu* se sentaban obligatoriamente en el mismo sector.

<sup>35</sup> Cf. García Romero: *Los Juegos Olímpicos*, 69 ss. Recuérdese, por ejemplo, el recibimiento de que fue objeto en Acragante, según Diodoro de Sicilia (13.82.7), el corredor Exéneto tras vencer en la carrera del estadio en los Juegos Olímpicos de 412 a.C.: "Lo condujeron a la ciudad sobre un carro, y lo escoltaban, aparte de otras cosas, trescientas bigas de caballos blancos, todas pertenecientes a los propios acragantinos". Véase también Weiler: "Zum Verhalten...", 147-148.

<sup>36</sup> Cf. Weiler, Ingomar: "Solidarität mit einem korrupten Athleten. Eine Verfallsercheinung aus sporthistorischer Sicht?", en: Günter, Bernhard (ed.): *Sport in unserer Zeit*. Viena 1986, 88-103, y "Korruption in der olympischen Agonistik und die diplomatische Mission des Hypereides in Elis", en: Rizakis, A.D. (ed.): *Achaia und Elis in der Antike*. Atenas 1991, 87-93.